

**DAHLINGER, James H. *Etienne Pasquier on Ethics and History*, Peter Lang, New York-Bern, 2007, 147 pp. ISBN 978-0-8204-9547-7**, por Marco Penzi (Centre de Recherche Historique, EHESS, París)

**E**tienne Pasquier (1529-1615) era un abogado y magistrado de éxito, historiador, poeta y hombre fiel de Enrique III cuando debió abandonar París tras el levantamiento de la Liga Católica. Luego, como otros parlamentarios parisinos, se alineó con Enrique IV, según un esquema de fidelidad dinástica y la explicación más corriente, que ve en la defensa del Reino contra los extranjeros (España) la razón de la defensa de los derechos del protestante Enrique de Navarra (futuro Enrique IV). Pasquier es conocido por ser “el” defensor de las libertades galicanas, el acusador de los jesuitas en 1564 e incluso en 1594. Fue un humanista brillante que dejó incluso una importante recopilación de sus propias cartas publicadas cuando aún vivía. Sintéticamente, un personaje completo, complejo y muy estudiado.

James H. Dahlinger nos ofrece en su libro un retrato innovador del Pasquier autor. Muchos han estudiado al Pasquier historiador, subrayando la importancia historiográfica de sus *Recherches de la France*, publicadas entre 1561 y 1621 (fecha en la que se publicó, póstumamente, el volumen X): George Huppert, Donald Kelley y Dorothy Thickett, por nombrar algunos. Otros prefirieron estudiar en Pasquier al defensor de las libertades de la Iglesia galicana como expresión misma de la idea que animaba el partido de los Políticos que se alineó con Enrique IV. Para Dahlinger, y aquí reside la novedad del libro, Pasquier fue ciertamente un historiador brillante, un abogado de éxito pero, sobre todo, fue un moralista.

El autor explica su concepción analizando la obra del Pasquier humanista en su totalidad. El abogado de éxito, que devino uno símbolo de la clase parlamentaria, mucho antes de la publicación del libro que le dedicó su amigo y jurista Antoine Loisel (*Pasquier ou dialogue des avocats du Parlement de Paris*, 1652), desde los inicios de su larga carrera de autor quiso ofrecer a sus contemporáneos un discurso moral capaz de mostrar al rey de Francia, como a la nobleza y a los magistrados, la justa forma de comportarse durante los periodos difíciles como los de las Guerras de Religión francesas.

En este libro, ese es el prisma a través del cual se estudia la obra de Pasquier: a la par de *Pour parler du Prince* (1561), texto que pertenece a la larga tradición de los *Specula Principum*, toda la obra del jurista e historiador francés, siguiendo la concepción del autor de *Etienne Pasquier on Ethics and History*, estaría dedicada por lo tanto a dar consejos morales a sus lectores. Dahlinger sostiene que a partir del ejemplo de Budé y de Erasmo, Pasquier extrae la siguiente lección: solamente a través de una utilización de la materia histórica capaz de explicar el tiempo presente a través de los ejemplos del pasado se podría formar o enseñar al Príncipe (y a los lectores) el arte de gobernar, pero también la forma de comportarse en las dificultades presentes de aquel fin del siglo XVI, tan turbulento en política como en religión.

La “construcción” intelectual que el autor de este libro elabora mostrando cómo se “puede” también leer a Pasquier, parece mantener su curso. Pasquier, hombre de su tiempo y atravesado por los problemas político-religiosos de su siglo, fue implicado en diversas

cuestiones jurídicas, polémicas y políticas. Un personaje muy complejo: fustigador del italianismo de la corte, de los historiadores italianos como Giovio, muy dado a recordar las gloria romanas contra los bárbaros (esto es, los franceses) invasores de Italia en la primera mitad del siglo XVI; defensor de la memoria de los galeses contra la muy mala descripción hecha de estos pueblos por los escritores romanos; acusador de los jesuitas fieles al Papa que llevaban una “novedad” en la enseñanza perjudicando los derechos de la Universidad de París (de allí los dos procesos contra la *Societas Jesu* en 1564 y 1594); defensor de los derechos al reino de Enrique de Navarra en tiempos de la explosiva situación de guerra civil; moralista que publicó una recopilación de sus propias cartas; abogado de éxito, pero también poeta. Etienne Pasquier es entonces una figura que se presta a una teoría “global” de su carrera y de sus escritos. La idea de un Pasquier moralista está en la base de este libro bien estructurado, aunque ciertos pasajes debieran basarse sobre argumentos más consistentes que los simples títulos de los capítulos y de la interacción entre las palabras utilizadas (en las *Recherches*) para convencer plenamente al lector de un fin moral en el interior de la historia y el discurso y método historiográfico que Pasquier utiliza para su libro.

Incluso si ciertos puntos ameritarían profundizarse, la idea de un Pasquier “moralista” que utiliza las fuentes históricas de las que dispone para fundar sus ideas morales y éticas sigue siendo convincente. Como sostiene Dahlinger, Pasquier utiliza *classical commonplaces*, consejos para el rey que son bien conocidos, sugerencias de gobernar con la ayuda de los Parlamentos (más que de los Estados) que si se piensa que las enunciaba un jurista del Parlamento de París, tienen un sentido moral para sus hijos, a quienes iban dirigidas muchas de las cartas contenidas en las compilaciones. Claro que, es necesario decirlo, el Pasquier moralista no era en absoluto un innovador.

Habría que verificar, con el auxilio de pruebas concretas, si el conjunto de la teoría expresada por Dahlinger corresponde exactamente a la idea que el mismo Pasquier tenía o si el abogado moralista no es más que una construcción intelectual del autor del libro que se reseña, quien asocia a Pasquier con esta figura después de haber tenido ante sus ojos la producción de toda una vida. Paralelamente, las referencias a los trabajos de Erasmo y de Budé ameritarían una investigación más fina para constatar concretamente que fueron los ejemplos sobre los cuales se funda la construcción moralista de la obra de Pasquier, tal como lo sostiene Dahlinger en las páginas iniciales.

El libro de Dahlinger, sin embargo, aporta una nueva visión del ilustre jurista historiador: visión innovadora e interesante que hace pensar al lector, lo cual no siempre sucede con los libros de historia.

**SABATO, Hilda** *Buenos Aires en Armas. La revolución de 1880, Siglo XXI, Buenos Aires, 2008, 336 pp. ISBN 978-987-629-062-3*, por Camila Perochena

Es muy difícil, mi amigo, producir un movimiento, disciplinar un partido, crear una pasión pública; pero cuán difícil es dirigir

los acontecimientos una vez que han tomado ya una forma y rumbo determinados.

Julio Argentino Roca, 20 de mayo de 1880

El fragmento que antecede como epígrafe exhibe una de las principales tensiones que el apasionante libro de Hilda Sabato logra transmitir. En *Buenos Aires en Armas*, dicha tensión se manifiesta entre la supuesta previsibilidad de un curso de acción y la contingencia que lo atraviesa. La autora, al referirse a las palabras anteriormente citadas, considera que no hay mejor manera de expresar “la impotencia de un hombre poderoso frente a la contingencia de la acción política” (p. 140). Se trata de una impotencia que en gran parte reproduce el conflicto irresoluble tratado en la tragedia: un conflicto constitutivo del mundo de la política en el que se cruzan los sentimientos de incapacidad que sufren los héroes trágicos frente a los designios del destino y la voluntad por transformar y reconducir los acontecimientos en un sentido determinado.

El uso de la metáfora teatral es, en este caso, oportuno, porque el libro aquí reseñado sitúa inmediatamente al lector como espectador de una obra dramática, cuyo devenir genera tensiones, expectativas y muchas sorpresas. La autora lleva a escena un acontecimiento político específico de la historia argentina: la revolución de 1880. La originalidad radica en la forma en que dicho acontecimiento es relatado y en las tramas –tanto históricas como historiográficas– en que Sabato lo inscribe. La dimensión teatral se expresa, además, en el frecuente desplazamiento del narrador a un segundo plano y en la estrategia de hacer hablar directamente a los actores protagonistas de esta historia, quienes manifiestan sus percepciones sobre el devenir de los acontecimientos, sus dudas, sus decisiones, sus éxitos y sus derrotas. Dicha estrategia –sumamente exitosa, en la medida en que logra atrapar al lector en la trama narrativa– refleja, por un lado, el *trabajo* realizado por la historiadora para reconstruir y a la vez construir esa trama, y por el otro, la exhaustiva y minuciosa investigación realizada con una gran variedad de fuentes documentales. Entre tales fuentes se destacan las cartas intercambiadas por los principales personajes puestos en escena, artículos periodísticos, actas de las discusiones legislativas, partes de guerra, memorias y ensayos de los protagonistas, manifiestos, discursos y escritos políticos y representaciones gráficas de la época. Así, mediante detalladas descripciones, Sabato construye imágenes que permiten al lector trasladarse sin dificultades al año 1880 y situarse en las lógicas de pensamiento, sentimiento y acción experimentadas por los actores, quienes se encuentran dominados por contradicciones y exigencias a primera vista incompatibles y que necesariamente (o no, según la discusión que plantea la autora) llevan a un desenlace dramático.

El objeto de *Buenos Aires en Armas* es, entonces, explicar las causas de la recurrencia a la vía revolucionaria en los hechos de 1880 y explorar, en términos más generales, el papel de la violencia política. Más que centrarse en sus resultados que sin duda fueron decisivos (aspecto en el que se concentró la historiografía que trató el tema), lo que le interesa a la autora es analizar un terreno prácticamente intransitado –el contexto de la revolución “para entender sus características específicas y el por qué de su ocurrencia”

(p. 18)– y dilucidar por qué las elites políticas e intelectuales de la época resolvieron el conflicto por las armas y no en el terreno de la negociación. Para dar cuenta de su objeto se aleja de aquellas hipótesis que piensan la violencia como el resultado inexorable de un enfrentamiento político que se agudiza y reflexiona sobre el problema *desnaturalizando* todas y cada una de sus dimensiones. Sabato resume muy bien su apuesta metodológica en uno de sus capítulos: “Esta secuencia no era inevitable, pero así ocurrió. ¿Cómo y por qué? Las horas que siguieron al episodio fueron cruciales, los diferentes actores de este drama movieron sus fichas, eligieron sus cursos de acción y definieron el futuro” (p. 159).

A partir del análisis de esta secuencia, tal vez uno de los aspectos historiográficos más destacables del libro reside en el esclarecimiento de uno de los dilemas que atraviesan toda la historia argentina del siglo XIX: la conflictiva relación entre Buenos Aires y el resto de los territorios que estaban bajo su tutela y el rol que le cupo a la dirigencia porteña en la formación del Estado nacional. La autora parte de la base de que Carlos Tejedor y Julio A. Roca representaban algo más que dos candidatos contendientes a elecciones presidenciales: el primero personificaba “la causa de Buenos Aires”, mientras el segundo era el candidato del gobierno central.

La estrategia narrativa que adopta para desarrollar los distintos aspectos de ese dilema, condensado en la revolución de 1880, es, como se mencionó, una de las mayores virtudes del libro. El mismo se estructura en nueve capítulos y ocho entre actos. En los capítulos se despliega el acontecimiento en forma cronológica tomando como punto de partida el año anterior a 1880. Desde ese momento es la coyuntura política la que impone el ritmo del relato, ya que los períodos a describir son cada vez más cortos a medida que se densifican los acontecimientos. Así, comienza describiendo el año 1879, continúa con períodos de dos meses (enero y febrero, marzo y abril), para pasar a las negociaciones del mes de mayo e ir, luego, semana a semana en el mes de junio, hasta llegar al 21 de junio, fecha en la que se enfrentaron el Ejército Nacional y la Guardia Nacional de la provincia de Buenos Aires. En paralelo al aumento de la intensidad del acontecimiento –que al modo de una obra teatral hace crecer la tensión en el lector al manejar magistralmente la autora el suspenso y la fuerza dramática– los tiempos vuelven a estirarse luego de finalizado el conflicto armado del 21 de junio, para desarrollar el desenlace que implicó la definitiva derrota política de los porteñistas. En el marco de esta secuencia cronológica, los escenarios de las acciones cobran mucha relevancia. La atención prestada a las coordenadas espaciales, que van variando sus escalas en distintos ámbitos de las provincias, ciudades, campaña, barrios, calles, permite al lector componer la cartografía de las intrincadas tramas políticas y bélicas desplegadas en la coyuntura.

Si a lo largo de este relato, Hilda Sabato permanece detrás de las bambalinas –siendo, sin embargo, la encargada de hacer inteligible el acontecimiento, de ordenar los hechos, de hacer hablar a los protagonistas– es en los ocho “entre actos” intercalados en los capítulos donde la autora entra directamente en escena, a la manera del coro en la tragedia griega. Es en dichos apartados donde se encarga de comentar y dar sentido a las acciones de los personajes, donde retoma debates contemporáneos a los hechos y perspectivas historio-

gráficas y donde realiza reflexiones que enmarcan el acontecimiento en problemáticas más generales. Entre tales problemáticas se destacan el papel de las fuerzas armadas en la vida institucional de la república, la representación política y las prácticas electorales, la histórica confrontación entre las aspiraciones autonómicas del gobierno porteño y la centralización del nacional, el significado que adquiere la palabra “revolución” en esa coyuntura, las representaciones que existen en torno a la muerte y el problema de la capitalización.

En este “ejercicio de interpretación” –según define Sabato a su libro– desfilan los distintos niveles de la contienda política del momento –electoral, legislativa, periodística, identitaria, bélica– anudándose con tendencias y conflictos de larga data. He aquí otro de los grandes logros de estas páginas: iluminar a partir de un hecho puntual procesos de mediana y larga duración que, aunque el lector no sea un especialista en historia argentina, puede comprender sin dificultades. El estilo de escritura sumado a la formulación de preguntas claras que van definiendo campos problemáticos posibilita una lectura fluida de cuestiones que sólo a primera vista pueden parecer sencillas.

*Buenos Aires en Armas* se cierra con un epílogo en el que la autora propone algunas respuestas a los interrogantes con los que abre su obra. Frente a la pregunta de por qué la dirigencia de la provincia de Buenos Aires tomó el camino de la “resistencia” armada y por qué gran parte de la población la siguió en esta aventura, Sabato recurre a explicaciones más vinculadas al plano de las representaciones como al de las prácticas políticas, sin dejar de considerar la contingencia propia de cada acontecimiento. El uso de la violencia se dio, según su hipótesis, como última opción dentro del marco de las prácticas políticas disponibles, sin olvidar, sin embargo, que el “uso de la fuerza integraba el repertorio de la política” (p. 297) y que no se entendía como una práctica ajena a ella. Era una herramienta a la que la dirigencia porteña debía recurrir si quería seguir defendiendo su libertad y autonomía. Este conflicto desatado entre las élites contó con un fuerte apoyo de amplios sectores porteños y “generó entre éstos expectativas revolucionarias cuya escalada ofrecería a las dirigencias pocas posibilidades de retroceso” (p. 297).

Desde este punto de vista, el libro no sólo muestra las disputas facciosas, ideológicas y personales en el interior de la elite política sino también el papel que jugaron las pasiones y las emociones populares en la revolución de 1880, donde se condensaron valores e identidades largamente construidas durante el siglo XIX. Bouquet le explicaba a Roca en una de las cartas intercambiadas que “la oposición a su nombre ha tomado aquí las proporciones de una pasión popular [...] creo que usted puede gobernar este pueblo como conquistador pero no como gobernador” (p. 156). Este imaginario colectivo, que llevó al pueblo a “resistirse frente al despotismo” sin reparar en las consecuencias, nos traslada en algún sentido al nudo de las revoluciones modernas iniciadas a fines del siglo XVIII: a la idea de que había un camino irresistible sobre el cual no había vuelta atrás en la medida en que la revolución había triunfado en los espíritus.

El telón se cierra mostrando de qué manera la derrota de Buenos Aires de 1880 marcó el momento de la definitiva consolidación del Estado nacional y la resolución de la cuestión capital al federalizarse esa ciudad. No fue sólo el triunfo de un candidato sino

de un modelo de estado, de un perfil de dirigentes y de un modo de hacer política. Lo que triunfó fue el monopolio de la fuerza por parte del Estado, que desplazó así todo tipo de violencia que no se originara en este aparato, deslegitimando las revoluciones junto con la retórica y prácticas que la justificaban. En ese final de escena, el desenlace –tal como afirma la autora– no estaba necesariamente inscripto en el origen ni se tramitó en el campo de batalla. Fue en el campo de la acción política donde la definitiva derrota del autonomismo porteño frente a la liga de las provincias del interior se exhibió de manera contundente. En esa exhibición se cerraba uno de los dilemas que había abierto aquella otra revolución –la de 1810– y se abría una nueva historia que, como sabemos, no estaría exenta de conflictos ni de violencia.

**GELMAN, Jorge** *Rosas bajo fuego: los franceses, Lavalle y la rebelión de los estancieros, Sudamérica, Buenos Aires, 2009, 218 pp. ISBN 978-950-0730-35-8*, por Irina Polastrelli (UNR)

**R**osas bajo fuego instala al lector en una coyuntura particular del régimen rosista: aquella en la que el Restaurador de las Leyes, jaqueado por el avance de sus “enemigos”, sintió tambalear el orden político y social que había logrado construir en la provincia de Buenos Aires, luego de décadas convulsionadas por enfrentamientos y disputas. La conjunción del bloqueo francés, el levantamiento de los Libres del Sur y la invasión del ejército unitario en el período 1838-1840 puso en evidencia grietas y debilidades en el interior de ese orden que –se creía– gozaba del apoyo de gran parte de la sociedad bonaerense. Pero, más allá del mero repaso acontecimental por la breve pero problemática etapa, el libro propone tomarla como punto de partida para reflexionar sobre una cuestión bastante más compleja: cuáles fueron los elementos, condiciones y mecanismos que hicieron posible la instauración y consolidación del régimen rosista.

El interés que guía a Gelman en su investigación no es una novedad. La inquietud por develar las bases de poder del gobierno de Juan Manuel de Rosas no fue ajena a las distintas tradiciones historiográficas que analizaron el fenómeno del rosismo, así como tampoco lo fue para los observadores contemporáneos. De esta manera, al tiempo que se consolidaba dicho régimen, también lo hacían ciertos tópicos, que luego serían abordados de manera recurrente: el papel jugado por los distintos sectores sociales, el rol de la coerción y el terror en el mantenimiento del sistema, los diferentes grados de apoyo regionales, entre otros.

Si la originalidad de *Rosas bajo fuego* no reside en su propósito, el aporte significativo se encuentra en la estrategia utilizada para enfocar el problema, las prevenciones metodológicas presentes al hacerlo y las hipótesis trazadas por el autor a lo largo del libro.

Gelman sostiene que la coyuntura 1838-1840, debido a su carácter crítico, permite distinguir con mayor nitidez aquellos mecanismos, solidaridades y oposiciones del rosismo que en momentos “normales” pasarían desapercibidos. El análisis de este momento particular rescata la temporalidad del fenómeno, puesto que el autor señala que el sistema armado tras dicha crisis no reflejó en su totalidad al que prevalecía en los inicios del go-

bierno, pero tampoco permaneció igual hasta el final. Esta advertencia inicial le permite sostener, como argumento central de la obra, que el sistema de equilibrios inicial, por el que Rosas buscaba incorporar a los sectores populares, a la vez que mantener el consenso con las elites y con otros grupos, se fue erosionando hasta quebrarse profundamente en la crisis de 1838-1840. La tensa situación puso en cuestión una forma predominante de organizar el poder hasta el momento y forzó una reformulación de la misma. Al alejarse de las elites –convertidas en francas opositoras– Rosas debió buscar fuentes alternativas de poder: los sectores populares, los indios amigos y las redes clientelares. Por lo tanto, esta coyuntura, en la que se observó una creciente autonomía del gobierno respecto de las elites, representó una fase central en la transformación y afirmación de la construcción del poder estatal, es decir, de un poder separado de la colectividad civil.

El libro se estructura de manera sencilla; luego de la introducción, se despliegan tres capítulos y una conclusión, en la que se retoman los principales planteos. El primer capítulo tiene un carácter general, puesto que describe las consecuencias del quiebre del lazo colonial y los intentos por lograr instaurar un orden luego de 1810, para luego caracterizar lo que el autor denomina el “primer sistema de Rosas”. Este primer gobierno no provocó mayores modificaciones en el orden legal y político heredado de la experiencia rivadaviana: Rosas logró mantener un consenso bastante amplio, sin recurrir a extremos de represión y violencia, respetando la legalidad vigente y ciertas instancias de negociación. Para Gelman, lo inédito estaba en la implementación de un discurso y unas prácticas que intentaban consolidar su liderazgo sobre los sectores subalternos y acallar las disputas intraelite para reconstruir la unidad del Estado, sobre una comunidad definida ahora como federal.

Los dos capítulos siguientes analizan la Revuelta de los Libres del Sur, ocurrida en 1838, y la invasión unitaria comandada por Lavalle en 1840, a través de una serie de variables que le permitirá extraer conclusiones comunes a ambos acontecimientos: las reacciones de la sociedad, los tipos de alianzas establecidas, los apoyos ganados por los sectores en pugna, los mecanismos específicos de la lucha política, los recursos movilizados por Rosas y sus opositores en los enfrentamientos.

Gelman comprueba que en ambos conflictos las elites se pasaron al bando opositor con escasas excepciones, en lugares de tradición antirrosista y en aquellos considerados bastiones federales. Ante esta situación, Rosas debió apoyarse en los sectores más humildes, en los indios amigos y en parte del aparato militar, cristalizándose una división en gran medida clasista de la sociedad. La crisis reflejó un nuevo cuadro de lealtades y la separación de casi todos los sectores de la elite. El sistema de Rosas se vio, por lo tanto, obligado a dar un vuelco. Aunque los elementos que pasaron a ocupar el centro de la escena no eran nuevos, se convirtieron en mecanismos claves: la agudización de la exaltación de la unanimidad rosista/federal y la aplicación, la ampliación y reestructuración del aparato represivo del Estado, la movilización de sectores subalternos controlados por la Mazorca y el recurso a redes clientelares.

Por último, la crisis del 1838-1840 permite a Gelman deslizarse que la oscilación de Rosas entre la represión y el más feroz faccionalismo –que movilizó a una parte de la

sociedad contra la otra— y la búsqueda de consensos y pactos —que incluyeron a sectores muy amplios y variables— constituyó uno de los rasgos característicos de la construcción del régimen rosista y, en general, de la autoridad del estado.

A través de un sólido trabajo documental —basado en periódicos, correspondencia publicada y sobre todo inédita— Gelman reconstruye las percepciones de los principales actores involucrados en esta coyuntura. A la vez, establece un rico diálogo con los estudios escritos sobre el fenómeno, en el que procura rescatar en algunos casos, y refutar en otros, aquellas imágenes cristalizadas sobre el régimen rosista.

Las sugerencias interpretativas y la riqueza informativa que se desprenden de *Rosas bajo fuego* revitalizan el tratamiento de un tema crucial, convirtiéndose de este modo en una lectura sumamente provechosa para todos los interesados en este período histórico tan controvertido.

**OLLIER, María Matilde** *De la Revolución a la Democracia: cambios privados, públicos y políticos de la izquierda revolucionaria, Siglo XXI, Buenos Aires, 2009, 304 pp. ISBN 978-987-629-059-3*, por María Florencia Servetti (UNMDP)

**M**aría Matilde Ollier es Doctora en Ciencias Políticas por la Universidad de Notre Dame (USA). El presente libro tiene como objetivo general evaluar cuáles fueron y por qué se produjeron las transformaciones sufridas en la identidad política de los ex integrantes de la izquierda revolucionaria. La referencia temporal utilizada comprende el período entre 1973 y los primeros años de la década de 1990, analizándolo a través de diferentes variables: lo privado, lo público y lo político. La primera corresponde a lo personal e íntimo de la persona, la segunda a los espacios culturales y en la tercera están incluidas todas las formas de participación en organizaciones políticas. Asimismo, la autora analiza el lugar de la violencia y cómo este posicionamiento es reconfigurado con el paso del tiempo. A partir de la llegada de la democracia estas transformaciones aceleraron un proceso de cambio dentro de los militantes. Sin embargo, establece que se puede observar una continuidad en sus pensamientos y en su identidad. Las fuentes utilizadas recogen algunos testimonios analizados previamente en otros de sus textos: *El fenómeno insurreccional y la cultura política. Argentina 1969-1973* (1986), *La creencia y la pasión. Privado, público y político en la izquierda revolucionaria, 1966-1976* (1998).

A partir de esas entrevistas a ex militantes de diversas agrupaciones, Ollier reconstruye la historia de esos años a través de los cuestionamientos a su propia subjetividad para poder detectar el alejamiento de su identidad política revolucionaria y los aprendizajes que llevaron a configurar una nueva identidad cercana a los valores democráticos. Lo particular/individual y lo colectivo, entendiendo por éste al conjunto de la organización, se entrelazan en este libro con mucha suspicacia, atendiendo principalmente a la influencia que el segundo realiza sobre el primero y cómo este último imprime una cuota de originalidad. La autora destaca las voces disidentes dentro de un colectivo que parece a simple vista homogéneo.

El libro está compuesto por una introducción, siete capítulos y una conclusión muy acotada. En el primer capítulo, Ollier describe los componentes originarios de la identidad revolucionaria, que se configuran a través de un proceso de sociabilización primaria (infancia y adolescencia) donde se desarrollan diversos aprendizajes en las tres esferas/variables: lo privado, lo público y lo político. Estos componentes provienen de una identidad liberal-populista, donde la libertad individual, la justicia social y la verdad son los tres elementos constitutivos. El paradigma amigo/enemigo desarrolla el modo de hacer política, en cuya concepción la negociación es observada como una traición y la violencia es la vía para la transformación social. La autora marca una diferencia entre la radicalización ideológica y la política, en la cual la primera correspondería a la creencia en la revolución social y la segunda estaría marcada por el ingreso y participación política en las organizaciones de izquierda revolucionaria.

En la obra se destaca que si bien los ex-militantes aceptan la teoría que encierra su ideología revolucionaria y la concepción del mundo a través de binomios (capitalismo vs. socialismo; burguesía vs. proletariado, etc.) en la práctica esto se distorsiona, provocando dos tensiones: por un lado la disyuntiva de armonizar lo privado/individual y lo político/colectivo y, por otro lado, la dificultad de subordinar lo político a lo militar; en este sentido, el ejercicio de la violencia personal es rechazado por alguno de sus integrantes. Estas resistencias están marcadas por los valores/elementos de los militantes, previos al ingreso en la izquierda revolucionaria.

En el segundo capítulo, la intención es destacar las voces disidentes dentro de las organizaciones, especialmente a partir de la llegada de la dictadura militar de 1976. Las estrategias militaristas y los planes de lucha utilizados por las diversas agrupaciones persisten al momento de la asunción de los militares al poder. La situación de la militancia comienza a empeorar hacia 1974, cuando la derecha peronista se posicionó con mayor fuerza dentro del gobierno, agravándose a partir de 1976. El fenómeno que se destaca es el de los niveles de intervención del dispositivo represivo de las FFAA y sus consecuencias: el desmantelamiento en el interior de la izquierda revolucionaria. Es aquí donde las voces disidentes comienzan a tener más protagonismo, ya que el colectivo desaparece y lentamente comienza una crisis en la identidad de los militantes.

A partir del tercer capítulo y hasta el quinto Ollier hace un recorrido de los nuevos aprendizajes en las diferentes esferas privada, pública y política, que conllevaron a renunciar a la identidad revolucionaria. La cultura entendida como espacio público sufre modificaciones severas a partir de 1976. La censura y la autocensura, producto de la propagación del miedo, fueron los recursos que las FFAA desarrollaron ampliamente. Sin embargo, se organiza un campo cultural permitido, ya que la dictadura necesita crear consenso, desarrollando así una trama cultural ambigua. Es a partir de allí y a través de las nuevas zonas de contacto que los ex-militantes participan, donde por un lado la palabra, como acto cultural y político, se vuelve fundamental y, por otro lado, se producen nuevos entrelazamientos, es decir, nuevos contactos entre personas de diversas experiencias políticas incluidos los ex-militantes, que evita el aislamiento que intenta provocar el régimen y forma una nueva

“identidad de diferenciación”. Estos nuevos espacios generan y hacen posible, según Ollier, el comienzo de una autocrítica de su pasado en los ex-revolucionarios y un acercamiento a la valoración del liberalismo político

Continuando con la exploración de los nuevos aprendizajes, la autora comienza un recorrido en la esfera privada/individual, indagando especialmente de qué manera y a través de qué mecanismos se desarrolla esta autocrítica. La asistencia psicológica y psicoterapéutica ayuda a que éstos desarrollen nuevas configuraciones subjetivas que repercuten en la manera de comprender la acción política, a través de la indagación de su propia experiencia política. El rechazo y crítica al autoritarismo y la homogeneización que intentan implementar las FFAA genera que los militantes se cuestionan sus propias experiencias y emerge una valoración hacia la identidad propia y el sentido de lo particular, el cual había permanecido oculto en las organizaciones. Otro ámbito donde se desarrollan estos aprendizajes es la cárcel, ya que es una instancia de autoconocimiento, especialmente para cuestionar la violencia y comenzar a valorar la negociación. Junto con esta última y gracias a estos dos ámbitos, se profundiza la valoración de las libertades de la “democracia burguesa” que habían criticado en su pasado revolucionario.

Por último, en la esfera política también se realizan nuevos aprendizajes. Los ex-militantes comienzan a insertarse en un microespacio democrático integrado por la fracción política opositora al gobierno militar, un ala sindical y los movimientos de Derechos Humanos (DDHH). Ellos mismos se convierten en sujeto de DDHH, a través de las acciones de estos movimientos alejándose de la figura subversiva que les imponían las FFAA. En este sentido, la guerra de Malvinas no significa el comienzo de la transición a la democracia sino una profundización, asevera la autora. Como también se agudizó la autocrítica a la radicalización política e ideológica de los ex-militantes aunque, según afirma la autora, esta última tarda en alejarse, ya que en sus primeros cuestionamientos persisten los viejos instrumentos de lectura de la realidad, el marxismo especialmente. Asimismo, la antinomia democracia-autoritarismo comienza a estar en el discurso los ex-revolucionarios y se refleja en su alejamiento del marxismo como clave interpretativa, ya que este no brinda elementos para pensar el autoritarismo.

Los capítulos seis y siete dan un cierre a los diferentes planteos de la autora. En primer lugar, se presenta la transición de una identidad, cuando son abandonados los componentes centrales de la radicalización ideológica y se concreta un cambio en la identidad política y su relación con la guerra/violencia, donde el valor del retorno a la democracia es fundamental para garantizar la libertad individual. Esta desradicalización ideológica conlleva a pensar diferente a la clase obrera y al pueblo, como actores principales de la revolución social. Entra en tensión el eje liberación o dependencia, ya que nada justifica la permanencia del autoritarismo, además la guerra de Malvinas no se visualiza como un hecho tendiente a lograr independencia/liberación, sino como un medio para lograr mayor hegemonía de las FFAA. Se enfatiza la pérdida de la verdad revelada y se profundiza la virtud del pensamiento plural y la libertad individual.

Finalmente se indagan cuáles son las problemáticas que enfrentan los ex-militantes en esta nueva coyuntura. Los cuestionamientos a la democracia sostienen las limitaciones y posibilidades que este sistema político tiene para mejorar la calidad de vida de la sociedad. De allí plantean que en los países periféricos existe una incompatibilidad entre capitalismo y democracia, ya que ésta no posee instrumentos que contengan la justicia social como meta. Se modifican las formas de hacer política, hay un corrimiento del paradigma amigo/enemigo, se aceptan las formas partidarias aunque algunos rechazan la política partidaria y la negociación es fundamental para las soluciones. Si bien la violencia continúa siendo un eje problemático, posible de observar en los diferentes niveles de la nueva coyuntura, no está asociada con el cambio social y se produce una crítica a lucha armada.

*De la Revolución a la Democracia* encierra un proceso de transformación de la identidad política de los ex-militantes, que se alejan de la idea revolucionaria y se acercan a los valores democráticos, un proceso marcado por continuidades y rupturas.